

necesario. 2.º La libertad es independiente de los hechos.

La libertad es un hecho necesario, porque se identifica con la realidad en cuanto es perpetua creación, y por ello espiritualidad. La libertad es, en este sentido, un ser, no un deber ser; un ser necesario, un hecho ineluctable. La libertad es independiente de los hechos, porque no depende de ninguna condición de hecho, pues cualesquiera que sean las circunstancias de hecho, cualquiera que sea la institución que regule la vida de los hombres —esclavitud, servidumbre o libertad— la libertad mana tal cual es, ya que su ideal «está en el corazón mismo de la realidad y este corazón palpitará siempre con el ritmo con que siempre ha palpitado».

Tal concepto de la libertad no constituye ni tan siquiera una lejana tentativa de solución de aquel problema de la libertad que los historiadores, filósofos, juristas, sociólogos y políticos y los mismos científicos encontramos a cada paso en nuestra investigación. El problema de la libertad para todos estos investigadores se configura como el problema de la posibilidad que debe tener el individuo frente a los demás y frente a las instituciones que se tienen en común. Y en torno a este problema —añade Abbagnano— nada puede decir una doctrina de la libertad que considera ésta como un hecho necesario, como el principio de la realidad que opera en los hombres.

Quien quiera abrazar de un solo golpe —concluye Abbagnano— el Croce de primera y de última hora, observará que su obra aparece como la más importante tentativa de la filosofía contemporánea de llevar al seno del idealismo romántico la problemática nueva de la Filosofía del 900. Haya o no resuelto el problema esta tentativa, ofrece la ventaja de mostrar claramente la dirección de estos problemas.—I. PEDRÓ PASTOR.

OTTAVIANO (Carmelo): *Bilancio de Benedetto Croce*, en «Sophia», año XXII, núm. 3-4, Padova, julio-diciembre, 1954, págs. 275-301.

Francisco Olgiati acaba de publicar un libro titulado *Benedetto Croce y el historicismo*, cuya lectura ha inspirado las líneas que siguen: Poseyendo un conocimiento completo, realmente asombroso, de la inmensa producción del

erudito napolitano, Olgiati examina todos los aspectos del pensamiento y de la actividad práctica y política de Croce, glosándolo en una serie de agudas, irónicas, sutiles observaciones críticas. Del examen de Olgiati, Croce sale reducido a sus reales dimensiones de pensador superficial vacuo y desorganizado en perenne contradicción consigo mismo y aparece como historiador caracterizado como un emocional irreflexivo, una especie de «erudito a la violeta», plutócrata preocupado en defender sus privilegios sociales bajo la máscara del liberalismo. Olgiati se va preguntando una por una sobre las materias a las que dedicó Croce su actividad intelectual. Por lo pronto, Croce se consideraba infautadamente superior a Hegel, un corrector de Hegel y en algunos aspectos se creía el descubridor de nuevos caminos para la conciencia europea en arte, política, filosofía, historia, etc.

Consideremos, ante todo, la inmensa superficialidad con que Croce definía. Para él definir era la función específica del filósofo. Pues bien, veamos como define. ¿Qué es el Estado? Y Croce responde que no es otra cosa que un proceso de acciones útiles de un grupo de individuos o entre los componentes de ese grupo, y que por esta razón no es menester distinguirlo de ningún otro proceso de acción, de ningún otro grupo o de ningún otro individuo. Aparte de contradecirse en otras ocasiones respecto de esa definición, no deja de asombrar la definición misma que nos autoriza a confundir el Estado con una sociedad anónima. Pero preguntemos con el propio Croce: ¿Qué es la ley? Y en la *Filosofía de la práctica*, en la tercera parte, donde habla de la ley, nos dice que es un acto volitivo que tiene por contenido una serie o clase de acciones, porque, agrega Croce, las leyes no son sino programas de vida para nuestro uso y consumo. De esta manera, incluso los programas o leyes individuales tienen el carácter de ley. El jurista se percata con rapidez que Croce está confundiendo su concepto particular de ley, generalísimo y vago, con el concepto elaborado durante siglos de la ley política, jurídica, científica, etc.

Pero si entramos en el campo en el que Croce parece que se mueve con mayor libertad y seguridad, y nos preguntamos con él qué es la historiografía, veremos con asombro que unas veces tiene un carácter científico, otras veces

artístico y otras veces está más allá de esos conceptos cuando Croce afirma que la realidad es la historia. En términos generales, Croce tiende a reducir la historiografía al arte, pero como su concepto de arte es sumamente oscuro, la historiografía queda sin definir.

Avancemos más allá de la historiografía, preguntemos: ¿Qué es la historia? Y aquí Croce prácticamente no sabe contestar, ya que la define de tres modos distintos, contradictorios entre sí. En resumen, Croce aparece como un autodidacta que no ha sido formado de un modo lógico y coherente y que se ha formado por sí solo en la especulación abstracta, sin maestro, sin guía, sin estudios preliminares, metodología ni lógica alguna.—E. T. G.

STEFANINI (Luigi): *L'entimema personalistico di Giovanni Gentile*, en «Giornale di Metafisica», año X, enero-febrero 1955, Génova, págs. 85-102.

El lector disculpará —dice el autor— que introduzca en este artículo algunos recuerdos personales, pero es el caso que en mi juventud intenté, en la revista *Convivium*, publicar en los primeros números una serie de artículos titulados «Idealismo cristiano», en los cuales se sostenía la tesis de que el cristianismo no podía pasar de largo y al lado de movimientos de la importancia del idealismo, sino que tenía que pasar a través de ellos, recogiendo lo que tuviesen de asimilable. Gentile leyó el primero de dichos artículos, único que se pudo publicar, y le dedicó una reseña o comentario en el que mostraba haber comprendido cuál era mi intento mucho mejor que los que, a mi juicio, debían haberlo secundado.

La comprensión de Gentile se realizaba desde el supuesto de la distancia de mi cristianismo a su idealismo actualista. Este idealismo actualista de Gentile tenía entonces para mí de bueno, y lo tiene ahora, la vuelta a la intimidad, la penetración en uno mismo, que recuerda la exigencia cristiana de cultivar la intimidad. Gentile, desde este punto de vista, protestaba contra lo que denominó el «mito intelectualista». Este mito intelectualista le parecía una de las consecuencias erróneas de la metafísica de Hegel. Según frase de Gentile, «la filosofía es el pensamiento del logos abstracto en lo concreto, en tan-

to que el mito es el pensamiento del logos concreto en lo abstracto». Para vencer la abstracción intelectualista, Gentile volvía continuamente a la existencia, y su actualismo es, en cierto sentido, la búsqueda y el encuentro del acto existencial, en el que el pensamiento se hace acto y el acto pensamiento. Claro que no es posible encontrar aquí por modo exclusivo la formulación estrictamente cristiana, pero sí el eco de la palabra sacra según la cual el que *hace* la verdad viene a la luz.

Quizás en el ámbito de la pedagogía se manifieste con más claridad el léxico cristiano de la metafísica gentiliana. Las páginas más felices de esta pedagogía son las que dedicó a subrayar la prepotencia del yo, la personalidad del escolar y su singularidad. Acentuó el papel renovador del magisterio en cuanto ha de poner ante los ojos del que aprende las posibilidades de su propia intimidad. Algo semejante podríamos decir de sus pensamientos sobre el arte, en el cual veía Gentile un profundo subsuelo religioso. Ahora bien, si hay un mito intelectualista se puede hablar de un mito del acto puro, ya que, a pesar de las pretensiones de Gentile, en cuanto el actualismo queda en la inmanencia, queda en una cierta esterilidad.—E. T. G.

GUZZO (A.): *Incontri con Giovanni Gentile*, en «Giornale di Metafisica», Génova, año X, enero-febrero 1955, páginas 46-68.

El autor del artículo nos indica: Es sabido que mi maestro fué Sebastián Maturi. Quizás alguno se sonría, porque no conozca a Maturi ni a mí, pero esto no quiere decir, como pueda sospechar el irónico lector, que yo tienda a dejar en la sombra a otros pensadores en cuyo estudio he formado y construído técnicamente mi pensamiento. Entre ellos ocupa un lugar singularísimo Giovanni Gentile. Con la enseñanza de Maturi me alimenté intelectualmente en los años de adolescencia, viviendo en tal aislamiento que, incluso, leía poco, esforzándome en pensar por mi cuenta bajo la dirección del maestro, con quien tenía cotidianas conversaciones. En el transcurso de la meditación y el diálogo, se fué afianzando la tendencia idealista, si es que idealismo es conceder la máxima impor-